



EL ORATORIO DE ISABEL LA CATOLICA.

Novela por Carolina Coronado.

I

ERA el primer día de Abril de 1870 cuando el duque Alvaro llamó á la puerta del cuarto que habitaba su mujer, en una casa de campo en las cercanías de Sevilla.

No era su costumbre presentarse á estas horas, y la duquesa se alarmó; saltó del lecho y cubrióse con una bata de cachemira que había sido primitivamente azul pálido, pero que ya era blanco ceniciento, y cuyos encajes se hallaban tan rotos y recosidos, que en vez de adornos parecían parches, aplicados para ocultar la flaqueza de la tela. Calzó sus pies con unas zapatillas de raso sin talon, que ántes habían cubierto medio pie, y ya deshechas no cubrían nada, y arrastrando sus plantillas, que apenas podían resistir el roce del suelo, se dirigió á la puerta y descorrió el cerrojo. El que entró era, en efecto, un duque de la cabeza á los pies, cabeza nobilísima, donde se habían conservado inalterables los rasgos de aquellos paladines semi-fabulosos que conquistaban reinos y echaban fuera moros, y cuya semejanza encuentra el lector en las ilustraciones artísticas. Esta era semejanza no ilustrada, pero de carne y hueso. Su perfil recordaba al de Carlos I, más correcto, más modelado y ménos heróico. Es verdad que el traje moderno trasformaba al hombre más caballeresco en un comisionista. Pantalón y saco de mezcla de lana imitando piel de lagarto y corbata, dejando ver camisa rayada, no es vestimenta que se puede aplicar á ningun emperador, ni á ningun caballero de la edad pasada. No obstante, si el lector fuese aficionado á la heráldica, pudiera ver en la genealogía de las casas reales de Europa un origen soberano en este duque, más verdadero siendo de novela que lo son los otros de historia. Pero aquella gallarda figura parecía destruída por hondos sufrimientos.

Tenía elevada talla en realidad y acrecentada en apariencia por demacración. Su cabello, cortado al uso del día, dejaba íntegro el dibujo de una frente correctísima y cada-vérica. El bigote se retorció sobre sus mejillas descarnadas, confundiendo con la barba clara y rubia del tipo del Norte. La expresion un tanto siniestra de sus ojos hundidos y la contraccion amarga de su boca entreabierta, daban á esta fisonomía una expresion indefinible que conmovía y aterraba. Difícil hubiera sido juzgar á primera vista si aquel hombre era malo ó bueno. Lo que se veía claramente era que estaba desesperado. Respecto á la duquesa, no había duda alguna. Tenía el puro rostro meridional, que revela con sincera pasion los secretos del alma. Aunque marchita y enflaquecida por el sufrimiento, era todavía una preciosidad. Con el cabello suelto y los oscuros y grandes ojos húmedos con el llanto cualquiera podía reconocer en ella á la mujer buena. Su expresion era de madre amorosa y desgraciada.

El cuarto de la duquesa tenia un aspecto singularísimo. No había en él, propiamente hablando, ni lecho sólido, ni verdadero tocador, ni mesa, ni sofá, ni butacas. El lecho lo formaban dos bancos de pino con tablas sin pulir, y dos colchones de damasco carmesí, remendados con otras telas de seda del mismo color, y una colcha de tafetan cubierta de jirones de encaje blanco de Barcelona. El tocador lo componía un cajon volcado y vestido de fular caña, con muselinas bordadas, y cuyo espejo de Venecia tenía el marco, que debió ser de terciopelo y oro, raído hasta la médula. Un jarro de porcelana antigua contenía flores silvestres. En una caja de ébano, incrustada de plata, con las armas de la duquesa, estaban los peines. Un palanganero, dos sillas de mimbre y un armario formado con cortinas de damasco de diversos colores,

completaban el mobiliario, sin alfombra alguna ni cortinaje. Pero, vuelto de espaldas, á manera de biombo delante de la cama y cubierto con un paño negro, como un catafalco, había un mueble de suprema riqueza. Un oratorio, que se decía haber pertenecido á *Isabel la Católica*, y que contenía maravillas de arte de aquel siglo, en que se trabajaba para el culto divino, como ahora se trabaja para el humano. El paño estaba medio levantado, y del oratorio entreabierto salía la tenue claridad de una lamparilla.

El duque besó la frente de su mujer, ésta se sentó en una silla, ofreció la otra al duque, y hablaron lo que sigue:

II

- ¿Te he despertado?
 --Estaba despierta.
 --¿Has dormido mal?
 --Como siempre.
 --Siempre es mal.
 --Si no es mal, no es muy bien.
 --Yo no he dormido nada.
 --¿Por dolencia?
 --Por cavilaciones.
 --Siento no poder aliviarte.
 --Nuestra situación, Valeria, es angustiosísima.
 --Sí, Alvaro.
 --Hemos quedado reducidos á la extremidad.
 --Sí, Alvaro, pero yo tengo siempre la esperanza en Dios.
 --¿Qué ha de hacer Dios?
 --Lo que sea su voluntad.
 --Su voluntad, Valeria, es que perezcamos.
 --No, porque nos conserva la salud.
 --¿La salud!
 --Pues si estuviésemos enfermos, ¿con qué habíamos de pagar el médico y la botica?

—¿Con qué le he de pagar á Samuel?
 —Con agua bendita, que es lo que le conviene. Allí tienes la pila llena.
 —La pila de oro . . . ya vendrá por ella.
 —¿Qué?
 —Mi pagaré vence hoy.
 —¿Otro pagaré?
 —No había otro medio de lograr los . . . 1,000 duros que han servido para pagar las pequeñas deudas y sostenernos desde Marzo.
 —¿Y qué va á suceder?
 —Lo de siempre.
 —Ya no tenemos nada que vender ni que empeñar, Alvaro; bien sabes que estuve pronta á cederte mi dote íntegro, el castillo de mi padre, el palacio de mi abuela, las dehesas, los molinos, los ganados. He vendido también mis joyas, no me queda nada.
 —Es verdad, pero Samuel ha de venir á las diez.
 —¿Dios mío, Alvaro! . . . pero, ¿para qué viene ese judío, si sabe que no puede sacar nada?
 —Viene porque está en su derecho; mi firma es sagrada.
 —¿Y la ley puede exigir que se pague cuando no se tiene?
 —Siempre se tiene honor.
 —Pero él, ¿fiará en el honor?
 —Querrá llevarse los muebles que quedan.
 —¿Qué muebles? Yo ya no tengo más que el oratorio, y tú no tienes nada.
 —Sólo el juego de plata con que me lavo, de la vajilla de mi padre.
 —Entonces que se lleve también la caja de mi tocador.
 —Pero estas dos cosas no pueden cubrir, sobre todo si él las tasa, la quinta parte del pagaré.
 —¿Qué más tengo?—se preguntó la duquesa. . . —¡Ah! los zarcillos que me dió mi hermana y llevo siempre puestos. Son brillantes y esmeraldas. . . .
 —¡Oh!—exclamó el duque, llevando sus manos á la cabeza—no puedo bajar tanto, Valeria. . . .
 Un ruido que se oyó en la habitación inmediata hizo callar á los dos, que dirigieron sus miradas á la puerta, por la que entró una campesina que traía de la mano una niña de cuatro años, vestida de muselina blanca, y con un ramo de amapolas en la mano.
 El duque la tomó en sus brazos, y despidiendo con un ademán á la campesina, preguntó á la niña:
 —¿De dónde vienes tan temprano?
 —De beber leche. La vaca estaba muy rabiosa porque el choto se iba lejos.
 —Y tú, ¿tenías miedo?
 —¡Cá! si la vaca es mansa.
 —Valeria—dijo el duque poniendo la niña en sus brazos, y pasando la mano por la frente—¿qué horribles son mis sufrimientos! ¿qué agudo puñal tengo hundido en el corazón! ¿Desgraciadas, yo os he arruinado, yo os he reducido á la indigencia! Mi fé ciega en el trato humano, mi lamentable credulidad en el honor de los hombres, mi falta de penetración, mis preocupaciones caballerescas, mi ignorancia. . . . ¿quién sabe? todo junto me arrastró. . . . ¡y vivo! . . . Pero ¿de qué os serviría mi muerte? Si yo hubiese sido un revolucionario que hubiera volcado tronos, se harían suscripciones entre el pueblo; ó si hubiese sido un cortesano que hubiese influido contra el pueblo, se harían suscripciones entre los realistas. Pero me he mantenido alejado de los extremos y la moderación no inspira fanatismos. He servido lealmente á la reina y he representado fielmente al pueblo, y el cumplimiento del deber es frío para los reyes y para las muchedumbres. Muriendo. . . .
 —¿Dios mío!—exclamó Valeria sollozando,—¿por qué quieres affigirme más de lo que estoy? ¿Por qué ofendes á Dios, que ha conservado la vida de nuestra hija? ¿Qué importan los infortunios comparados con ella? Ya sabes que no tuve parte en tus actos y que siempre te amonesté para que te apartases de

las gentes que te han perdido; pero cuando las cosas no tienen remedio, en vez de desesperarse, hay que afrontar la desgracia cristianamente y sufrir nuestro martirio, que nunca será tan grande como el de cualquiera humilde criatura de otros tiempos.

—Yo no soy santó, Valeria.
 —Yo tampoco soy santa, pero soy cristiana y me resigno.
 —Yo no puedo resignarme cuando os miro.
 —Mira á quien nos fortalece. Ven, hija mía—prosiguió Valeria, llevando de la mano á su hija delante del oratorio;—ven á rezar á la Virgen. . . . para que te perdone,—dijo volviéndose al duque.

Las dos se arrodillaron, y el duque las miró de pie, rígido, impasible, con la mirada extraviada y el gesto contraído. El remordimiento que sentía, en vez de acercarle á Dios, le acercaba al diablo. Hay en la sangre teutónica una levadura de rebeldía que sólo la piadosa ternura de Valeria y la influencia de su ardiente fé habían podido modificar. La desgracia, en vez de amansarlo, le hacía rebelde. Ese es el espíritu del Norte. En sus pupilas vidriosas se reflejaban como rayos azules de fluidos eléctricos, encerrados en aquel sistema que le hacía pasar desde la más absurda credulidad al más implacable escepticismo. Porque le habían engañado los hombres, desconfiaba de Dios. Pero la niña volvióse hácia él y le dijo con un acento de convención que le penetró hasta el alma:

—¿Qué? ¿Tú no rezas?
 —Sí—respondió el rebelde, cayendo de rodillas,—yo también rezo con vosotras.

Hubo minutos de silencio. Al fin lo rompió la niña, que asiendo la mano de su padre, dijo:

—Mira, vamos á echarles pan á los peces.

III

María Valeria Portocarrero Monroy Velasco Zúñiga y Ponce de Leon, marquesa de Lácara y Osobona, condesa de las Serranías, había llevado en dote un castillo, un palacio, valiosas dehesas y numerosos ganados. Casó con Alvaro Antonio Felipe, duque de Hansfeld y de Riesterfild, marqués de Kalvaid y conde de Briesk. Aunque de origen alemán, el duque había nacido en España, y fijó su residencia en Madrid, pasando en Andalucía las primaveras. Joven, rico y gallardo, logró en la corte elegante puesto, y allí conoció á la hermosa Valeria. Lectores habrá todavía, de aquel tiempo, que hayan conocido en la corte á la dichosa pareja, distinguiéndose siempre por su elegancia y buen tono. ¿Qué catástrofe había podido sumirlos en el infortunio en que los hallamos al empezar nuestra relación? El duque no era jugador, ni tenía queridas, ni derrochaba en banquetes. La duquesa no era extravagante en sus gastos de tocador, ni éstos excedían de lo que ordenaba el decoro de su clase. Su palacio, montado á la moderna, con servidores útiles y poco numerosos, tenía un orden perfecto. Los gastos de la casa del duque no consumían la mitad de su renta, quedando íntegra la de la duquesa. ¿Cómo se pudo hundir una fortuna en los pocos años que trascurrieron desde que se casaron en Madrid hasta que los hallamos en la casa de campo por las cercanías de Sevilla? Estos enigmas los han de explicar los mismos personajes, y no hay sino seguirlos y escucharlos.

La casa de campo á que nos referimos era parte del caserío diseminado en la gran dehesa que había pertenecido á Valeria y la cual habitaba ésta por condescendencia del administrador, que era amigo íntimo de uno de los administradores que fué de Valeria. El guarda se había conservado al servicio del nuevo dueño de la finca con su mujer y sus hijos, y así había podido Valeria refugiarse en aquel rincón y tener aún legumbres, caza y leche con poco dispendio. La casa era de un solo piso, se componía de sala y alcoba sepa-

radas, de la cocina y cuartos de labor, á los cuales se pasaba por un patio.

Delante de la sala había un jardincito con un estanque cuya agua venía desde una noria cercana por una cañería, que era el encanto de Rosita, la hija de Valeria, porque allí acarrea piedras, para que hiciese más ruido el agua, y le daba ocasión de bañar continuamente sus manos y aún sus pies, si podía burlar la vigilancia de su madre. El estanque era hondo y contenía peces oscuros y de colores y plantas acuáticas que daban flores blancas y amarillas.

El cuarto de Valeria tenía salida al jardincito y así, cuando acabó de rezar, abrió las vidrieras y se puso en comunicación con su marido y su hija, que estaban sentados en el borde del estanque. El rostro del duque se había serenado y una sonrisa inefable había sucedido á su habitual ironía. Rosita, roja de emoción al ver aparecer los peces, gritaba como una loca para que su madre acudiese á participar de aquella fiesta. En su sofocación, por el pelo que le caía sobre los ojos desmesuradamente abiertos, agitaba los desnudos y redondos brazos y se salpicaba de gotas de agua, por querer llevar el pan á la boca de los peces.

Era una niña como otras tantas, nada tenía de extraordinario, y las ve el lector todos los días al borde de los estanques. Pero eso es lo que tienen los niños, que siendo cosa tan vista, causan siempre la misma novedad. No obstante, Rosita tenía en su cara más alegría y más gracia tal vez que los otros niños de su edad, y cuando reía y mostraba sus hileras de dientes con tan fresquísima blancura, y descubría el pecho de rosa lozana en su desenvoltura, hubiera sido un precioso modelo para un pintor que quisiera personificar la inocencia andaluza. Rosita, cuando hubo acabado el banquete de los peces, echó á correr y volvió, trayendo en sus brazos un pato blanco, que lanzó al agua en el estanque.

Entonces su alborozo no tuvo límites y su dicha se comunicó á sus padres, que todo lo olvidaron, los palacios, los castillos, la corte, los honores, las riquezas perdidas, la indigencia presente, y rieron con su hija. Un estanque, unos peces, unas migajas de pan y un pato que nada. ¡Cuán barata es á veces la felicidad y cuán cara es otras la desventura! . . . Pero en aquel momento se oyó el ruido de un carruaje. El duque miró el reloj, y una nube más negra que aquella que aborta rayos, oscureció su vista. Cogió á Rosita en sus brazos, la entregó á su madre y salió al encuentro del visitante.

IV

El duque se enderezó en toda su estatura, y animando su fisonomía con todo el calor de la nobleza que pudo recabar de sí, sacó un puro de dos que le quedaban y esperó en su cuarto á pie firme la entrada de Samuel, pues no podía ser otro, desgraciadamente.

Samuel era un hombre de regular estatura, enjuto, de finos rasgos, demasiado finos, pues tenía la nariz afilada en extremo y los labios en extremo delgados. Su ademán era como de querer bajarse para recoger en el suelo alguna cosa, y la postura del brazo izquierdo pegado al costado le hacía parecer manco, aunque no lo era. Vestía de paño negro blanquecino, corbata de sarga negra, con un alfiler de camafeo, busto de la reina Victoria, y traía guantes de punto negro de algodón y un bastoncillo de bambú, rematando en una cabeza de lagarto.

—Buenos días, señor duque—dijo Samuel, inclinándose con distinción y tocando respetuosamente con la punta de los dedos la mano que le tendía el duque.

—Bien venido, Samuel,—contestó éste ofreciéndole el puro que le quedaba, é invitándole á sentarse á su lado en el canapé.—Ante todo, ¿cómo está Disraelí?

—Muchas gracias, señor duque, no fumo; mi tío se halla aliviado de su indisposición y

ya pudo ir á Windsor donde la reina le esperaba impaciente.

—¿Hay crisis?

—El ministro en Madrid, que ha venido á pasar unos días en mi casa, me dice que mi tío será llamado al Gabinete.

—Disraelí es, sin duda, el único que puede resolver las cuestiones que tienen ustedes en Inglaterra.

—Que tienen ellos, señor duque, yo no soy inglés sino porque nací en Londres.

—Usted no es inglés, pero su interés político.....

—Yo no tengo interés político ni en Inglaterra ni en ninguna otra nación.

—El interés que se relaciona con los negocios.

—Los negocios, señor duque, no deben nunca tener relacion alguna con la política.

—Pero en un país perturbado el negocio de minas, por ejemplo.

—Pasa por encima de los trastornos.

—Yo no puedo decir eso: los trastornos políticos son los que arruinaron nuestra empresa.

—No, señor duque, lo que arruinó sus empresas de minas fué la mala fé de los ingenieros y la negligencia de los empleados.

—¿Y las huelgas promovidas por los revolucionarios?

—Producen una suspension temporal en los trabajos, y eso es todo. El mineral allí queda.

—¿Y los ferrocarriles?

—Lo mismo. Cuando tienen las sociedades una base sólida, sufren alguna interrupcion los dividendos, y pasado el chubasco, unas y otras acciones crecen en valor, porque estos excesos populares producen siempre en la industria adelantos progresivos.

—Yo no soy progresista.

—Lo comprendo, señor duque—replicó Samuel con finísima sonrisa—y por eso no me explico cómo se entregó atado de pies y manos á las especulaciones modernas. Para los negocios se necesita.....

—No ser caballero.....

—No digo tanto; pero ser más práctico.

—Es verdad.

—Ya eso no tiene remedio.

Guardaron unos compases de silencio mientras el duque volvía á encender el cigarro, y Samuel daba vueltecitas al baston, haciendo nuevo exámen de la cabeza del lagarto, y luego dijo el duque:

—Mi pagaré vence hoy.

—Venció á las diez, señor duque.

—Estoy pronto á renovarlo.

—Este pagaré no consiente renovacion.

—¿Por qué?

—Por haber consignado en él *improrrogable*.

—Pero como el acreedor es Vd., puede usted mismo.....

—Eso es lo que no haré.

El duque se puso de color del maíz seco, y arrojó el cigarro por la ventana. En esto sonó un golpecito, y luego otro.

—¿Quién es?—preguntó el duque.

—Yo,—replicó Rosita, entrando como un pichon que viene á comer á la mano.

—Hija mía—exclamó el desgraciado, asiéndose á su hija como el condenado á la efigie.

—¿Quién es este hombre que te ha puesto triste?—dijo Rosita mirando de hito en hito á Samuel.

—Es un amigo nuestro; acércate y dale un beso.

—No—replicó con un movimiento de repugnancia—tiene ojos como los del baston.

—¿Te da miedo del lagarto, chiquita?—le preguntó Samuel suavemente.

—¿No, de tí, de tí!

—¿De mí, chiquita?

—Papá estaba muy contento.

—¿Estaba contento?

—Estábamos echando pan á los peces.

—¿Mala ocasion!

—Y bañando el pato.

—Lo siento mucho.

—Y tú has venido á.....

—Señor duque—dijo Samuel—esta niña es muy graciosa, pero yo tengo que volver á horas fijas.

—Sí, Vd. tiene razon; vamos á ver cómo arreglamos esto.

—No hay más arreglo que cancelar.

—Pero como no tengo disponible esa cantidad, será preciso reunir algunos objetos.

—Haga Vd. salir á la niña y hablaremos con libertad.

(Continuará.)

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LV

UN CASTIGO MERECIDO. (1)

Refieren un episodio
Las crónicas de aquel tiempo,
De un Cura de esta ciudad
Cuyo nombre no recuerdo. (2)
El cual voy á referir
Tal cual á mí refirieron,
Para escarmiento de Curas
Y consuelo á los enfermos.

Eran de mil ochocientos
Setenta si mal recuerdo,
Los años en que pasaron
Estos acontecimientos.

Gobernando aquesta iglesia
Aquel virtuoso Camacho,
Honra y gloria de Jalisco
Y paz del Episcopado;

Quien no obstante tan amable
Y de dulzura dechado,
Era tambien inflexible
Cuando se hacía necesario,
Dando ejemplares castigos
Y de cumplimiento exacto,
Como así lo corrobora
El Cura de mi relato.

La de la siesta sería
Cuando llega un artesano,
De prisa casi corriendo
A las puertas del curato,
Preguntando por el Cura
(Que duerme hace ya buen rato)
Para que preste á un enfermo
Los auxilios necesarios.

El Cura un pecco achacoso
Y más que todo, enfadado,
Le dice no tiene tiempo;
Que vaya á ver al vicario.

Dió media vuelta aquel pobre
Y fué corriendo á buscarlo;
Pero á ver á otro de léjos
Salido había en su caballo.

Volvióse aquel presturoso
A dar parte al Cura de almas
Atravesando las calles,
Corre y corre á las volandas
Por temor de que su enfermo
Fuese á morir en pecado.

[1] El sabio biógrafo del nunca bien llorado Ilmo. Sr. Dr. D. Ramon Camacho, dice que este señor manejaba con facilidad aquel consejo del Espíritu Santo: "Enojate y no quieras pecar," y citando algunos ejemplos, agrega: "El Sr. Camacho se enojaba como y cuando quería, y acto continuo quedaba tan pacífico y tan festivo como de ordinario."

La presente leyenda no lleva otro objeto que enaltecer una de sus virtudes, detallando un hecho que corrobora el aserto de su ilustre biógrafo.

(2) Por vivir aún algunos de los miembros de su familia, no parece conveniente citar aquí su nombre.

Llega, pregunta, investiga
Si el Cura se ha levantado;
Que tomando chocolate
Se encuentra, dijo el Notario.

Sin hacer mérito de esto
Entróse el buen artesano
Y le comunica al Cura
Que no ha encontrado al vicario:
Que su enfermo está tan grave
Que quizá ya haya espirado.

El Cura aquel dando un sorbo
De chocolate á su taza
Le dice vaya al vicario,
Ya lo ha de encontrar en casa;
Pues á él le corresponde
Por estar ahora de guardia.

El pobre aquel ya mohino
Y de dar vueltas hastiado,
Sin despedirse del Cura
Sale por fin del curato;
Y resuelto; Pese al Mundo!
Ante el Obispo acusarlo
Para escarmiento de Curas
Y consuelo de malsanos.

En las elevadas torres
De la ciudad de los templos
De ánimas el toque se oye
Recordando así los muertos.

Del farol á la luz lánguida
Atraviesa solitario
De Capuchinas la calle
Nuestro sentido artesano;
Y tomando por la izquierda
Llega presto al obispado,
Pregunta por el Obispo
A quien pasan su recado.

"Que pase luego al momento"
Dijo el virtuoso Camacho;
Y despues de los saludos
De estilo ya acostumbrados,
Lleno de afecto y dulzura
Le dice, qué lo ha llevado
ante el Obispo á esas horas
Y por qué viene agitado.

Relata lo sucedido
Con el Cura de su barrio
Y que su enfermo agoniza
¡Virgen santa! y en pecado.

Molesto sobremanera
El buen Obispo y tomando
Su baston á la escalera
Sale de presto, volando.
Toma luego por las calles
A pesar del aire insano,
A su incógnito siguiendo
Por aquellos empedrados.

Ya por la oscura ribera
Del río que llamamos blanco
A cierta casa penetran
De aspecto muy miserable,
En donde yace el enfermo
Por fortuna en buen estado
Para poder confesarse
Por suerte con el Prelado.

Pasados tres cuartos de hora
De permanecer al lado
De aquel enfermo dichoso
Sale por fin fatigado,
Y tomando el derrotero
Que su incógnito le ha dado
Con paso firme y sereno
Se dirige hácia el curato.

Pasado el toque de queda
Gran estruendo se ha escuchado
Producido por el eco
De dos fuertes aldabazos
Dados en casa del Cura
Por el mismo diocesano.

Sale una criada y pregunta
Antes de abrir, con cuidado:
"¿Quién es?" repetidas veces
Con un farol alumbrando;
Agregando que ya el Cura
Hace rato está acostado
Y no quiere le molesten
Cuando á la cama se ha entrado.
"Diga vd. que una persona

Para un negocio importante
Le busca, y aquí lo espera;
Que de presto se levante."

Un tanto cuanto modorro
Y otro poco amostazado
Sale el Cura y vocifera
Un "¿Quién es?" brusco y airado.
Y al instante ¡Santo Dios!
"El Obispo," le contestan
Con una voz parecida
En el tono á la que ha dado.

"Vengo tan sólo á deciros,
Sigais tranquilo acostado;
Ya he confesado al enfermo
Y cumplido vuestro cargo,
Y así sabed, Señor Cura:
Cesa ya deste momento
Vuestro mando en esta casa.

Y que os sirva de escarmiento,
Que á fuer de Ramon Camacho
Sé tambien cubrir las faltas
De Curas desobligados." . . .

Dijo y se alejó al instante
En santo celo inflamado
Por esas lúgubres calles
Con rumbo hacia el obispado.

De esta manera el Prelado
Dióle castigo tremendo
Para escarmiento de curas
Y consuelo á los enfermos.

UN RAMILLETE DE ROSAS.

(HISTÓRICO.)

I

A FINES de Abril de uno de estos últimos años llegaba á Roma para divertirse algunas semanas, como él decía, un jóven de distinguido porté, de nobles maneras y elegantemente vestido, pero tan flaco y demacrado, que verdaderamente parecía tener el alma entre los dientes. Hospedado en una de las mejores posadas de la ciudad, al principio pasaba el tiempo parte en visitar los edificios de la ciudad, por lo comun en coche y de paso, parte en descansar, ora leyendo, ora dibujando con el lápiz, ora pintando al pastel, en que tenía muy ejercitada y diestra la mano.

Pero pasados pocos días comenzó á sentirse más débil de fuerzas, tanto que no podía tenerse en pie sin gran fatiga. Quiso ser visitado de un médico, el cual observando que el jóven padecía un mal inveterado y naturalmente incurable, con franqueza desusada le advirtió que la medecina no poseía remedios para curarlo, y así que dispusiese sus cosas y mirarse por sí.

Sintióse el jóven de la ruda ingenuidad del doctor, y de ella se quejó amargamente con el dueño de la casa. Quiso éste calmarle, y llamó á otro doctor de más fama, el cual juzgó lo mismo que el primero, si bien sólo se declaró con el fondista, y al enfermo recetó un cocimiento de flores cordiales, dejándolo contento.

II

Poco despues, he aquí que llega de improviso á la posada una dama de edad provechosa, acompañada de un criado y de una de sus camareras; pregunta por el jóven caballero, sube á su estancia, entra apresurada, échasele al cuello y con amoroso delirio le aprieta contra su pecho, exclamando entre sollozos:

—¡Carlos mío! ¡hijo mío Carlos!

El jóven, durante aquel abrazo tan afectuoso, no pudo proferir más que estas palabras:

—¡Mamá! ¿Usted aquí? ¿Cómo! ¿Es posible? ¡Usted!

Pasado aquel súbito estupor y vehemencia de afecto, preguntó Carlos á la madre cómo había sabido que se hallaba en Roma, en aquella posada y en tan mal estado de salud.

—Lo he sabido, dijo ella, por Ana mi prima. Ella te encontró en el paseo del Pincio, te reconoció, y habiéndose informado de la casa en que morabas, me escribió que te había visto flaco como un esqueleto, y tal que ponías lástima. Despues me avisó por telégrafo que estabas enfermo. ¡Ah Carlos mío! ¿podía yo dejar de volar á tu lado? ¡Yo que hace cinco años lloro y suspiro por tí?

—Querida mamá, Vd. ha sido para mí un prodigio de bondad, repuso el hijo, destilando de cada párpado una lágrima, que dejó caer sobre las manos de la madre, mientras con vehemencia de afecto se las besaba.

—Ahora estoy contigo, prosiguió ella, y ten por cierto que no me separaré de tí hasta que te vea curado.

—No, diga Vd. más bien hasta que me haya Vd. cerrado los ojos! Yo no puedo sanar. ¡Me siento morir!

III

Carlos, á la sazón de veinte y ocho años, podía decirse el hijo de las lágrimas de aquella señora, por su fé, por su virtud, elevado nacimiento y grandeza de ánimo nobilísima. Si él hubiese correspondido á los dones con que le favoreció la naturaleza, y á la esmerada educacion que recibió, hubiera podido llegar á ser uno de los hombres más afortunados de este mundo, pues no le faltaban riquezas, parentela ilustre, buenos talentos y cuanto hay de apetecible para el bienestar de la vida presente.

Mas abandonado demasiado pronto á su natural libertad, las malas compañías, las lecturas perversas, los placeres de la vida, y sobre todo la pasion del juego le condujeron á tal extremo que, despojado de todo sentimiento religioso y noble, se trocó en azote de su casa y tormento de su desconsolada madre. A fin de que el patrimonio de sus antepasados no viniese muy en breve á sufrir total ruina, su padre se vió obligado á despedirle de casa, á desheredarle y asignarle una renta, que aunque crecida, no bastaba sin embargo á satisfacer sus caprichos. Pero él valiéndose de la ternura de la madre, que de su parte era riquísima, y como hijo único le amaba en extremo, ya fingiéndose arrepentido, ya desesperado, sacaba de ella la suma que quería.

A los veinte y tres años pareció enmendarse algun tanto, y dejó el juego. Con el objeto de que aquella enmienda, poca ó mucha, fuese duradera, sus padres favorecieron por todos los medios un matrimonio que él ambicionaba, y era en verdad bajo todos conceptos ventajoso. Las diligencias dieron feliz resultado, y con buenos auspicios celebráronse las bodas. Respiró la buena madre, y creyó haber alcanzado de Dios la gracia, que tanto había pedido, de un constante arrepentimiento para aquel hijo tan amado.

Los dos nuevos esposos emprendieron un viaje que había de durar algunos meses, pasando ante todo parte del invierno en las riberas de Liguria. Mas fué desgracia grande que el jóven se aficionase á frecuentar, desde San Remo y despues desde Niza, la próxima ciudad de Mónaco y á meter el pie en el Casino de Montecarlo. En aquel florido garito volvió al juego; derrochó allí mucho dinero. ¿Qué más? Cegado de la pasion, vendió en secreto á un inglés todas las joyas de la esposa, que eran preciosísimas; y habiendo así mismo perdido su valioso producto, quedó sin un céntimo.

A punto estuvo la tierna esposa de caer desmayada al oír de boca de él, que ingenuamente se la confesó, la locura cometida y el estado á que se encontraban reducidos. Recurrieron por telégrafo y por cartas á los parientes. Mas el padre de ella se dió por tan ofendido del indigno proceder de Carlos, que trasladándose sin pérdida de tiempo á Niza, llevóse consigo la hija, que apenas llevaba cinco semanas de matrimonio, y entabló luego una causa de separacion, á la cual el jóven, deseando vivir con menos trabas y más libertad, pronto consintió.

IV

Cuando la madre de Carlos recibió la infausta noticia de lo ocurrido, y con el llanto en los ojos se la dió al marido, éste, ya enfermo del mal del corazon, fué sobrecogido de un ataque tan fuerte, que en pocas horas le quitó la vida. Recibidos con presteza los Santos Sacramentos, desde el sofá en que estaba recostado, no sabía repetir más palabras que éstas:

—¡Dios mío, le perdono! ¡Vos veis que muero por él!

El remordimiento de haber causado la muerte al padre y puesto en un cruel martirio á la madre, indujo al desgraciado hijo á correr, como otro Caín, errante por Europa. No tenía valor bastante para volver á la presencia de aquella señora, á quien no ignoraba que había traspasado el alma con el cuchillo del dolor. Traía el corazon envenenado de una tristeza implacable, y de un tormento que no le daba tregua. Con todo esto, mandaba á su madre alguna noticia de él, y todavía respondía á sus cartas; pero con embarazo, como quien estaba en lucha consigo mismo, y trabajaba por ocultarse sus propios sentimientos: bien que en el fondo del ánima, la amaba y no lo podía disimular.

En cinco años, sólo una vez atravesó su ciudad natal. No sintiendo en sí fuerza bastante para acercarse al palacio en que gemía su madre, y mucho ménos para pisar sus umbrales, contentóse con saludarlo de léjos; y en el espacio que media entre un tren de llegada y otro de partida, llegóse hasta el campo santo; buscó allí la tumba de su padre, arrodillóse sobre ella, y con la cabeza en las manos la bañó buen rato con sus lágrimas. ¡Prueba manifiesta de que, en el fondo de su conciencia, no se había del todo pervertido y desnaturalizado!

El gusano roedor de la mala conciencia, las interiores turbaciones, y los desórdenes de aquella su vida vagamunda, habíanle ya consumido la flor de la juventud: iba tambien descaeciendo de día en día, consumido de una sutil enfermedad y de una tos que lentamente lo acababan. Muchas veces se lo escribió encubiertamente á la madre, que de continuo le llamaba cerca de sí. Mas en balde, Carlos no podía resolverse á vencer la vergüenza de aparecer delante de ella. Ante la idea de que era el verdugo de aquel corazon tan lleno de amor para con él haciale revolver en su mente el intento de suicidarse, intento que rechazaba justamente por no acelerar tambien la muerte á aquella de cuya vida era el tormento, y de lo que ya una voz secreta le reprendía.

Notando que se aproximaba á su fin, vinole deseo de pasar á Roma, y allí morir. Por qué razon quisiese esto, ni él mismo sabía explicárselo. Sentía un impulso tan vehemente, que no lo pudo resistir: fué, pues, á Roma desde Andalucía, donde solía pasar el invierno.

V

La inesperada aparicion de la madre en la posada lo contrarió y alegró á un mismo tiempo. El paso más difícil del primer encuentro con ella despues de cinco años de fuga, habíase ya superado. Entre aquellos abrazos que por buen espacio de tiempo lo habían tenido estrechado, y entre aquellos besos ardientes, él había temblado de despecho y alegría: había sentido latir sobre su corazon el corazon de la madre; había mezclado sus lágrimas con las lágrimas tan tiernas de ella. Poco despues se sintió contento de tener cerca de sí aquella madre, que era la única persona en el mundo de la cual sabía cierto que era amado, y que él por más que no se lo figurase, amaba mucho. Fuera de ella, ¿quién se ocupaba de él, quién pensaba en él, quién le compadecía? En medio de las tinieblas de su desolada incredulidad, brilló á manera de relámpago en su mente el pensamiento de que el cielo quisiese confortarle en sus congojas, dándole quien le asistiera, con tanto

amor. Mas este pensamiento no le penetró en el alma, ciega á la luz de la fé, y más dura que el mármol á sus impresiones.

La avisada mujer prestó reparó que su Cárlos conservaba aún delicada la fibra de su afecto filial; mas de religion y piedad mostraba haber perdido todo resabio y centella. Antes bien le repugnaba hasta oír hablar de ello, y parecía que nada lo molestaba más que el recuerdo de Dios y de su bondad.

—Mamá, díjole desde el principio, hágame Vd. un singular favor. Estese Vd. siempre junto de mí; su compañía me restablece: hábleme de todo lo que quiera; mas por favor, que no me entre en materias de Religion. Yo ya no tengo fé. En una cosa solamente creo. ¿Sabe Vd. en qué?

Y habiéndole tomado una mano, é inclinandose á besarla añadió:

—Creo en su amor de Vd. y no más. Las pláticas de Dios, y de esperanzas celestiales crispame los nervios y me dañan.

—Cárlos mío, pues ¿y el nombre de la Virgen Santísima tambien te daña? ¿el nombre de aquella á quien, cuando eras niño, decías que amabas más que á mí, porque yo era tu mamá de la tierra, ella tu mamá del paraíso?

—¡Quite Vd. allá, bagatelas de chiquillos! Si la Virgen no fuese una alegoría, un mito, sería tambien la única persona del mundo de allá, á la cual apreciaría. ¿Le he de decir á Vd. por qué? Porque me representaría á Vd., y en una madre en cierto modo ideal, podría amar á la mía verdadera. Mas dejemos ya estas fruslerías. Yo no tengo solos cuatro ó cinco años; tengo veinte y ocho. Y usted, madre mía, no acreciente mis pesares con el discurso de argumentos que me mueven á despecho. ¡Tengo gran necesidad de quietud, de paz! ¡Oh, sí, necesito paz!

—¿Paz? exclamó ella, y dando un profundo suspiro, y enjugándose los ojos, luego por prudencia se calló.

VI

¡Pobre madre! ¡Cómo veía disipados los frutos de tantas penas suyas, en el hecho de formar piadoso y cristiano el corazón de su Cárlos! Mas no por esto decayó de ánimo y desesperó. Desde luego puso su más firme confianza en la misericordia de aquella Madre bendita, á quien él, cuando niño, llamaba su mamá del paraíso. De día y de noche la buena señora, deshaciéndose en llanto la invocaba, y daba voces de lo íntimo de su corazón.

—¡Vos me lo habeis de salvar! Muera tambien este mi hijo único: sacrifico gustoso á vuestro Hijo Divino, y con él me sacrifico yo á mí misma. Pero acordaos que de mis brazos debe pasar á los vuestros. ¡A Vos lo entrego; á Vos toca salvarlo!

No lejos de aquella posada hay una iglesia, donde es venerada del pueblo una graciosísima imagen de la Virgen Inmaculada, joya de celestial belleza. A los pies de esta Imagen solía la madre de Cárlos pasar largos ratos derramando gran copia de lágrimas, diciéndole y volviéndole á decir las palabras que hemos mencionado, porque no sabía ni podía repetirle otras, y de lo más secreto del alma como espontáneamente se le venían de continuo á los labios. La estimada Efigie, respirando dulzura sobrehumana, estaba en aquellos días del mes de Mayo adornada de gruesos y olorosos ramilletes de flores, que ofrecían los fieles, y circundada toda de velas que en su honor ardían á todas horas delante de ella. Aquella piadosa señora presentaba tambien al altar de María, escogidas flores y velas en gran número; y ante él mismo oía Misa cada mañana y recibía la Sagrada Comunión, permaneciendo de rodillas é inmóvil, cual si fuera una estatua, en larga oración y lágrimas.

No contenta con esto, dió traza como en muchas iglesias de Roma, los predicadores del Mes de María encomendaban á las oraciones de los fieles un jóven del mundo, obstinado en la impiedad, y á su infeliz madre, que es-

peraba su conversión de un milagro de la Virgen Inmaculada. Repartía además gruesas limosnas á los pobres, y mendigaba oraciones para Cárlos á cuantas Comunidades religiosas le hubiesen sido indicadas.

—¿Qué más puedo hacer para arrancar del corazón de la madre de Dios la gracia de que me salve aquella alma? preguntaba á un Padre de su confianza.

—Otra cosa todavía.

—¿Qué cosa, Padre?

—Esperar siempre, y esperar aún contra toda esperanza. La Bienaventurada Virgen es llamada 'la Omnipotencia suplicante,' porque cuanto pide, tanto alcanza. Una palabra suya dicha al Niño Jesus que lleva en brazos, basta.

—¿Y piensa Vd., Padre, que ella se la dirá por mi Cárlos?

—Lo tengo por cierto.

VII

Había en Roma un respetable eclesiástico, que Cárlos desde jovencito había conocido y tratado con amistosa familiaridad. A él acudió tambien aquella madre, infatigable en buscar la salvación del hijo; y habiéndole informado de todo, le rogó que en determinado día, y era el 9 del mes, fuese á la posada como para hacerle una visita, y con esta excusa dar despues de tantos años un saludo á Cárlos.

Cuando la madre le anunció la tal visita:

—Veré de nuevo con mucho gusto á D. Pío, repuso el jóven; mas á condicion de que no me venga con cuentos de sacristía. Yo lo recibo como á un antiguo amigo, no como un sacerdote. Avíselo Vd., primero con finura, porque sentiría mucho parecer con él ménos comedido. ¿Qué quiere Vd.? Soy tan susceptible y hállome tan aburrido, que el vuelo más ligero de una mosca me desazona. No puedo sufrir contrariedad alguna. Vd. es una buena y excelente madre, porque sabe compadecerme; ni me dice nunca aquellas palabras supersticiosas, que me harían hacer algun disparate.

—¡Ah, Cárlos! ¿sabes lo que hago yo? No pudiendo hablar contigo de Nuestro Señor y de Nuestra Señora la Santísima Virgen, hablo de tí continuamente al Señor y á la Virgen.

—¿Qué fé es la de Vd.! Yo la admiro. Pero basta ya: haga Vd., que entre D. Pío; lo recibiré con el mayor agrado del mundo.

Y fué así. Este, como hombre muy perspicaz, no tocó punto alguno que pudiese oler á Religion. La plática fué pacífica, cariñosa, desembarazada, y Cárlos se le mostró sumamente agradecido. Sin embargo, ya al despedirse cogióle D. Pío la mano, y apretándosela:

—Cárlos mío, le dijo, para nada valgo; mas si en alguna cosa pudiese servir á Vd., acuérdesse que D. Pío ha mudado, sí, de negro en blanco el cabello, pero no el corazón.

—Le quedo por ello muy obligado, respondió el jóven, y conozeo el corazón de Vd.; mas el único servicio que podrá Vd., prestarme, será acompañar dentro de pocos días mi féretro hasta la estación del ferrocarril.

—¿Qué dice Vd., Cárlos mío? ¡Quiero ántes hacer otra cosa por Vd.!

—¿Y qué otra cosa?

—Rogar mucho á Dios que le dé su ayuda.

—¡Oh, esto despues!

—¿Duda Vd. de ello por ventura?

—De su buen corazón no dudo: pero por lo demás, no sé qué provecho hay en esto.

—Y ¿por qué?

—Porque, amigo D. Pío, no soy ya el Cárlos de aquel tiempo, en que visitábamos juntos las iglesias, y yo le ayudaba la Misa en la capilla de nuestra quinta. Ahora no creo ya en nada. Para mí, Dios es una idea que no me interesa. Me he vuelto ateo. Me disgusta decirlo tan crudamente á un sacerdote; mas es la verdad, y no tengo razón de mentir una fé que ya no tengo.

—¡Ah, Cárlos! ¿qué despropósitos son éstos? ¡Vd. se chancea!

—No me chanceo en manera alguna, D.

Pío: ¿gusta Vd., saber cuál es mi credo? Oiga Vd.: el hombre es un bruto perfeccionado. Nace, padece ó goza en esta vida, como el bruto, y tiene su fin igual con el bruto. El hombre y el bruto son polvo, y en polvo se convierten. La casualidad ó el hado pónelos en el mundo; y la casualidad ó el hado los destruyen.

—¿Y Vd., se iguala con el jumento, con el perro?

—Oiga Vd., D. Pío; yo no gusto de disputas: piense Vd., como le parezca. Yo pienso de este modo, y no se diga más. Si le place rogar por mí, hágalo; si otra cosa no; agradeceré siempre su buen corazón de antiguo amigo.

El prudente eclesiástico juzgó que no convenía pasar adelante. Saludó con alegre cordialidad al jóven, y se retiró. Mas viendo otra vez á la madre, no pudo ménos de decirle:

—Señora, sin un prodigio no se logrará nada. Fáltale á Cárlos lo mejor, lo más necesario: el buen sentido natural y la fé.

¿Qué estocada fuese ésta para el corazón de la madre, figúreselo el que pueda!

VIII

Entre tanto aquel hijo parecía languidecer cada día más. El ansia frecuente impedía-le estar echado; por esto comunmente permanecía sentado en el lecho, ó en un sillón ó sobre un sofá, entre almohadas, junto á una mesita, en la que gozaba de tener en un vaso de cristal frescas flores, cuya vista lo deleitaba extraordinariamente.

Había deseado tambien la compañía de un canario, que la madre al punto le procuró, en una jaula de plata, recreándose sobremana con sus cantos y gorjeos. Cuando él podía recorría con la vista los periódicos, ó se divertía en manejar los pinceles, y sacar una copia de aquellas lindas flores, que tenía delante.

Quiso la madre conocer á toda costa la verdad clara, y los médicos ya le habían dicho que su Cárlos á lo más, á lo más, podría alargarse hasta mediados de Junio; mas no sin peligro de que faltase ya á fines de Mayo.

De allí á tres días volvió D. Pío á saber de él, y con tal pretexto se le introdujo en el aposento. El estaba sentado en el sofá, mas con rostro sombrío y de pésimo talante. Habló poco y con sequedad. Mal avisado el otro, creyó llegada la hora de darle el salto, y comienza sin preámbulos á hablarle de sacramentos. ¡Ojalá no lo hubiese hecho! Enfurecióse Cárlos, y prorrumpió en blasfemias de condenado. D. Pío probó de aplacarle, pero en vano. El jóven, tomando de debajo de la almohada un pequeño revólver chapeado de plata, se lo hizo brillar delante de los ojos, amenazando romperse el cráneo á la primera palabra que se le repitiese de sacramentos. El buen sacerdote, temiendo alguna desgracia, se excusó, procuró calmarle, y se despidió.

La madre, como supo aquella nueva, se sintió desfallecer de dolor y sobresaldo, y no estando en su mano otra cosa, corrió á la iglesia cercana á desahogarse en lágrimas, á los pies de aquella que, despues de Dios, era toda la esperanza que le restaba.

(Continuará.)

LECCION DE ANATOMIA.

Explicando una tarde anatomía
Un sabio profesor,
Del corazón á sus alumnos daba
Perfecta descripción.
Anonadado por sus propias penas
La cátedra olvidó;
Y á riesgo de que loco le creyeran,
Con alterada voz
—Dicen, señores, exclama pálido
Que nadie consiguió
Vivir sin esa víscera precisa.
¡Error, extraño error!
Hay un sér de mi sér, una hija mía,
Que ayer me abandonó;

¡ Las hijas que abandonan á sus padres
No tienen corazon!

Un estudiante que del aula oscura
Se oculta en el rincon,
Mientras los otros asombrados oyen
Con público dolor,
Sonriendo á un amigo y compañero
Le dijo á media voz:
— ¡ Piensa que á su hija el corazon le falta
Y es que lo tengo yo!

E. Blasco.

EL ILMO. SR. DR. D.

ALONSO FRANCO Y DE LUNA, SEGUNDO OBISPO DE DURANGO.

EN Madrid publicó D. José Antonio Alvarez y Baena el año de 1789 una obra, rarísima en la actualidad, en cuatro tomos, que intituló "Hijos de Madrid."

En el primero, pág. 45 se lee lo siguiente:

"Alonso Franco de Luna [Maestro Don,] hijo de Gonzalo Franco, y de Catalina de Luna, fué colegial mayor de San Ildefonso de Alcalá, de donde vino á ser Cura de la Iglesia parroquial de San Andrés de esta Corte (cuyo curato obtenía el año de 1615.) En el de 1619 era Abad del Cléro de Madrid; y en 1631 á 3 de Diciembre fué electo Obispo de Durango, capital de la Nueva Vizcaya en el reino de México, y venidas las Bulas, le consagró en su Iglesia D. Francisco Sánchez, Obispo de Canarias, en 31 de Octubre de 1632. (1) Fué el segundo Prelado de esta Santa Iglesia, y así trabajó mucho en la erección de ella, de que el Señor Felipe IV le dió las gracias en carta de 5 de Febrero de 1635. (2) En la visita que hizo de su diócesis, gastó de su patrimonio grandes sumas en reparos de Iglesias, y otras cosas.

"De esta Sede fué promovido con su aceptación al obispado de la Paz en el reino del Peru en 22 de Marzo de 1639, y en 24 de Febrero de 1640 se despidió para su nueva Iglesia con cédulas de gobierno. En ella, antes de recibir las Bulas, le asaltó la muerte, y falleció en el mismo año de 1640, siendo sepultado en su Santa Iglesia de la Paz. (3)

"En 1619 escribió un *Discurso á la beatificación de San Psidro Labrador*, que imprimió Fray Jayme Bleda pero no sé por que razón no se halla en todos los ejemplares. Lope de la Vega alaba al Maestro Franco en su *Láurel de Apolo*."

(1) Asistieron á ellos los obispos de Nicaragua y de Tirmina [Gil González.]

(2) Escribió al rey en 5 de Enero de 1639 para pedirle rentas y limosnas. (Id)

(3) Véase la discrepancia de los autores sobre el fin de este Obispo. Gil González en su teatro eclesiástico de Durango dice, que murió ántes de que le despacharan las Bulas en 1640 y está sepultado en su Iglesia. En el de "La Paz" se contradice, pues, pone que murió en 1649 y está sepultado en la Iglesia de la Nueva Vizcaya.

El Sr. Lorenzana "que partió para su Iglesia de la Paz con cédulas de gobierno y en aquel mismo año [1640] murió ántes de haber recibido las Bulas.

Alcedo cuando trata de los obispos de la Paz escribió, que fué promovido á esta Iglesia donde murió en 1644.

Los modernos Ramírez y Gams, que salió de Durango para la Paz el 24 de Febrero de 1640. Esto así consta en el Archivo de la Catedral como me lo asegura el Ilmo. Sr. Fierro, mi finísimo amigo, en su carta del 3 de Mayo de este año. Hernaiz al hablar de Durango que fué trasladado á la Paz donde murió en 1644, y cuando se ocupa de esta Iglesia pone: que dicen que murió en 1639 ántes de recibir las Bulas.

A estas breves noticias, agregaré lo único que he hallado en los tres autores siguientes:

1º El Sr. Lorenzana escribió que tomó posesion de su obispado por poder que dió al canonigo D. Francisco Rojas de Ayora el 19 de Noviembre de 1633.

2º El P. Pérez de Rivas en el c. XVI, lib. III, de sus "Triunfos de Nuestra Santa Fé" dice que imitó el Sr. Franco "á sus antecesores en el santo celo y amor á estas nuevas cristiandades, las visitó su Señoría, con firmó y alentó á proseguir en la Cristiandad que auían comenzado; y dejó consolados á los Padres Misioneros, y Coadjutores suyos en "el oficio Pastoral."

Esta visita parece la hizo en 1636 pues en la oracion fúnebre del Ilmo. Sr. Hermosillo se lee que en ese año: "un Señor Obispo sucesor suyo fué á quitarle un anillo, y estaba la carne tan llena, y tan muelle, que no pudo sacarle sin desollarle el dedo. Y al levantarse el cútis destiló la carne un humor sanguineo [que el vulgo suele llamar "sanguaza"] de que dió testimonio su Notario."

3º El P. Alegre en su Historia de la Compañía de Jesus, lib. VI, pág. 224, refiere que D. Gaspar de Nava noble y poderoso vecino de Durango, al morir dejó sus cuantiosos bienes para obras pías. Y añade: "No careció de contradicciones la liberalidad de este piadoso caballero de parte de la fábrica de la Santa Iglesia Catedral; pero cediendo la Compañía con noble desintéres cuatro mil pesos por vía de limosna á dicha fábrica, cesó la contradicción... y el Sr. Obispo dió al padre Francisco de Ibarra, Rector de aquel Colegio, las gracias por instrumento firmado de su mano, del tenor siguiente:" En la ciudad de Durango en 19 días del mismo mes de Agosto de 1639 años.—Ante su Señoría Ilma. el Sr. Dr. D. Alonso Franco y Luna, Obispo de Durango, del Consejo de S. M., etc. El reverendo padre Francisco de Ibarra, Rector del Colegio de la Compañía de Jesus y visitador de las misiones de Tepehuanes, pareció y dijo: que habrá como tres meses, poco más ó ménos, que falleció en esta dicha ciudad el capitán Gaspar de Nava, vecino de ella, y por su testamento y última voluntad, deja por heredera en el remanente de sus bienes á su alma á disposicion de sus albaceas, y del M. R. P. Andrés Pérez, provincial de la dicha Compañía de Jesus. Y teniendo noticia de la pobreza y necesidad de esta Santa Iglesia Catedral, y atendiendo á la vecindad y domicilio del dicho difunto, en la manera que mejor haya lugar de derecho, en nombre de la dicha Compañía de Jesus y dicho M. R. P. provincial, daba y dió libre y espontáneamente por vía de limosna en favor del alma del dicho difunto á la dicha Santa Iglesia Catedral cuatro mil pesos en reales especial y señaladamente para la obra y edificio material de ella, "que se va haciendo," y no para otra cosa: dichos cuatro mil pesos en reales, realmente los trajo y exhibió, y su Señoría Ilma. los recibió y se dió por entregado de ellos para el dicho efecto, y se otorgó depositario en tanto que se disponga lo que convenga, y mandaba y mandó quede este recaudo en el Archivo de la Santa Iglesia, y al dicho R. P. Rector se le de un tanto de él, en manera que haga fé, y lo firmó, siendo testigo el Sr. Arcediano D. Francisco Rojas de Ayora, y Marcos de Villafranca, vecino de esta ciudad.—Alonso, Obispo de Durango."

MANUEL HERPST.

EL CAFE.

De mi tierra en los ásperos breñales
He visto abrirse sus fragantes flores,
Que parecen, del sol á los fulgores,
Nieve sobre los verdes cafetales.

Y despues, como fúlgidos corales,
En explosion de vírgenes olores,

Lo he visto entre los gajos tembladores,
A la sombra de bosques tropicales.

Ahora... humea! Riega tu perfume;
Del ideal las alas desentume
Y agita en rauda conmocion mis nervios.

En mí la inspiracion sus rayos quiebre;
Mi frente nimbe, y en sagrada fiebre,
Mis versos surjan graves y soberbios.

Ismael Enrique Arciniegas.

PROTECCION DE MARIA.

UNA MEDALLA DE LA VÍRGEN.

EN 1837, en el sitio de Constantina, un jóven oficial francés fué derribado por una bala que le dió en mitad del pecho. Sorprendido de sentirse aún con vida tras semejante choque, se lleva la mano á la parte contusionada, y comprueba, con alegría facil de comprender, que no ha recibido lesion alguna. Pudiendo apénas creer tamaña dicha, se palpa en todas direcciones, y encuentra debajo de su ropa la bala que había dado con él en tierra. Estrecha piadosamente aquella bala cual reliquia gloriosa, y congratulándose por la solidez de su esternon, vuelve al combate, lleno de nuevo ardor. Mas en breve le detiene una segunda bala en la pierna. Esta vez la herida es más grave; hay que llevarse del campo de batalla, y la curacion fué tan lenta, que obtuvo una licencia mientras convalecía, y pudo regresar á Francia. ¡ Cosa extraña! al examinar la bala vió impresa en ella la huella de una medalla que se había grabado en el plomo, como un sello en la blanda cera. ¡ La bala había dado contra una medalla que una madre piadosa había suspendido á su cuello para preservarlo del peligro! La medalla había desempeñado muy bien su papel. Pero ¿cómo había podido grabar su imagen en el metal al través de las ropas? Era un hecho que nuestro jóven oficial tuvo que declarar inexplicable, contentándose con aprovecharlo sin ocuparse más de él.

Al finalizar el tiempo de su licencia, fué á Paris. Era en las últimas semanas de la Cuaresma, y además del deseo de volver á ver la capital, no le pesaba al jóven librarse de la austeridad con que se observaba la abstinencia en la casa paterna.

Una tarde sorprendióle un chubasco en las inmediaciones de Nuestra Señora de las Victorias, y entró en la iglesia para buscar un refugio contra la lluvia. El Cura refería desde el púlpito algunos de los hechos extraordinarios de las curas milagrosas obtenidas por la intercesion de la Santísima Vírgen. Las paredes del templo están literalmente entapizadas de ex-votos y placas conmemorativas, cuya explicacion exigiría volúmenes.

El oficial, que escuchaba al principio con aire distraído, prestó en breve más atencion á lo que le recordaba la suya. Se sonreía para consigo mismo y se decía en voz baja: "¡ Ah! señor Cura, si supiera V. lo que me ha sucedido, ¿qué diría?" Al fin, como impulsado por una fuerza misteriosa, cuando el sacerdote se dirigió á la sacristía fué á su encuentro y le dijo:

— ¡ Por ventura cree V., señor Cura, en todo cuanto acaba de referirnos?

— Ciertamente, caballero; todos esos hechos son completamente auténticos; he sido personalmente testigo de varios de ellos, y debo los demás á personas dignas de toda confianza.

— ¡ Y á eso llama V. milagros?

— Son por lo ménos hechos muy extraordinarios, en los cuales nos parece imposible no ver la intervencion del poder divino, debido á la intercesion de la Santísima Vírgen.

— ¡ Pero, entónces, lo que ha sucedido es un milagro!

Y le refirió la historia de su bala y le enseñó la bala y la medalla, que llevaba siempre consigo.

¿Qué pasó después entre aquellos dos hombres? Sin duda el sacerdote hizo comprender al soldado que un hueso, por sólido que sea, no se halla en estado de resistir una bala, sobre todo cuando ésta posee bastante fuerza para aplastarse contra una delgada hoja de metal; que aquella impresion inexplicable, hecha á pesar de la interposicion de los vestidos, no podía mirarse como un hecho natural; que la circunstancia misma, tan natural en apariencia, que lo había conducido á aquella hora á aquella iglesia, por decirlo así, á pesar suyo, podía también ser considerada con razon como una gracia especial, etc. En suma, el oficial se sintió convencido: cayó de rodillas y se confesó.

Poco después pidió su retiro y se encaminó á Roma. Allí entró en el Seminario francés, y pocos años después se le ordenó de sacerdote.

Quiso entonces regresar á aquella tierra de Africa, regada ya con su sangre; pero no ya espada en mano y para imponer por la fuerza la dominacion francesa; su arma era un Crucifijo, é iba á llevar á los pobres negros, á las poblaciones más salvajes y más degradadas de la tierra palabras de paz y de redencion.

El jóven oficial herido en Constantina y condecorado con la Legion de honor no era otro que el venerable P. Papetart, vicario general de las Misiones africanas, que acaba de morir en Niza, á donde sus superiores le habían enviado para tratar de restablecer su salud, estragada por tantos trabajos, padecimientos y fatigas.

(ECHO DE FOUVIÈRE.)

EL MISIONERO.

Divina luz, almo aliento
Que al bien eterno encamina,
Faro de Dios que ilumina
La tierra y el firmamento,
Casto amor del pensamiento,
Vencedor del egoismo,
¡Oh mi bien! ¡Oh Cristianismo!
Vida de la humanidad.
Voz de la eterna Verdad
Y confusión del abismo.

Cuando era el mundo la orgía
Del vicio y la corrupcion,
Y en torpe disolucion
El paganismo se hundía,
En la noche de ese día
Que luz ninguna alumbró,
Cuando todo bien cayó
Del crimen en el osario,
Brillaste sobre el Calvario,
Y el nuevo mundo brotó.

Salve ¡oh luz! que reanimaste
De aquel Lázaro la vida,
Y en su carne corrompida
Nuevo espíritu inspiraste;
Tú que á la mujer trocaste
En ángel de caridad;
En aquella tempestad
De espantosa remembranza,
Fuiste el arca de la alianza
Que salvó á la humanidad.
Oh! qué Apóstoles surgieron
Del divino Bien en pos,
Y á esparcir la luz de Dios
Por la ancha tierra salieron!
Aún su sangre el mundo ve;
Pero todo en vano fué,
Que Dios da vida á los lirios;
En la Cruz de los martirios
Brilló la luz de la fé.

Y tras de aquellos primeros
Apóstoles campeones,
En espíritu, leones,
En mansedumbre, corderos,
Legiones de misioneros
Van de las sombras camino:
Combatir es su destino,
Falsos dioses y creencias,

Haciendo de las conciencias
Templos del Verbo divino.

Mas ¡ay! que horribles pasiones
Resisten con seña impía,
¡Qué de infame alevosía!
¡Qué crímenes! ¡Qué traiciones!
¡Qué crueles inmoluciones!
De opaca luna al trasluz,
O del sol ante la luz.
Cuántos ¡ay! crucificados:
Y no tiemblan los soldados
Católicos de la Cruz.

¡Con qué sublime grandeza,
Radiante de unción la faz,
Predican amor y paz
Dando al tajo la cabeza!
De nuestra humana flaqueza
Nada perturba su ser,
Que Dios infunde á placer
Con espíritu de amor,
En los tímidos, valor,
En los débiles, poder.

Y cruzan valles y sierra
Sembrando en las sombras luz,
Y conduciendo la Cruz
Por toda el haz de la tierra,
Paz predicán á la guerra,
Santo amor al egoismo,
Castidad al sensualismo,
Fé, esperanza, caridad,
La humana fraternidad:
Los dogmas del Cristianismo.

¿Qué los héroes del honor?
¿Qué del mundo los guerreros,
En faz de los misioneros?
Que inflama el sacro fervor?
El héroe con noble ardor
Combatiendo mata ó muere:
El misionero que adquiere
De los mártires la palma,
Si puede salvar un alma
Besa el puñal que lo hiera.

Van los héroes al combate
Al son del clarín sonoro,
Ondeando en el caseo de oro
Las palmas que el viento abate,
Y cuando el áureo acicate
Hierre al caballo veloz
Que salta y bufar y feroz
A combatir se abalanza,
En cada bote de lanza
Del mundo aplaude la voz.

Deja el misionero atrás
Patria, hogar, hermanos, padre,
Y deja ¡ay Dios! á la madre
Que ya no verá jamás;
Y se aleja más y más
Predicando el santo amor,
Y lucha con vivo ardor
Y cuando muere en la lucha,
Sólo Dios su voz escucha,
Sólo Dios ve su dolor.

¡Oh milicia espiritual,
Católico, invicto bando,
Que vas la tierra ganando
Para Dios y contra el mal!
El vano el monstruo infernal
Que con espanto te ve
Abre abismos á tu pie:
Que Dios da vida á los lirios,
Y en la cruz de los martirios
Brota la luz de la fé.

FELIX SOUBLETTE.

EL FRAILE LIMOSNERO.

(CUENTO.)

EN los tristes y opacos días del invierno, se siente más que nunca la necesidad de refugiarse en el mundo de la ficción para olvidar la realidad. Hay horas en que—como á Juan de la Fontaine—nos causaría un extremo placer el cuento de Piel de Asno. La otra noche estaba yo en una de esas negras horas. Para distraer mi espíritu de las tristezas exteriores, me puse imaginariamente á divagar en la floresta encantada de las

leyendas y las brujerías, y recogí el cuento siguiente:

“Había una vez en el país de Saboya un fraile capuchino, que colectaba las limosnas de vino para su convento. Con los pies desnudos, vestido con el sayal color de castaña, ceñidos los riñones con una cuerda, y llevando á la espalda la cantimplora de hoja de lata, destinada á recibir las ofrendas de los viñadores, iba de lugar en lugar, á la orilla del lago de Annecy, implorando la generosidad de los propietarios, prometiéndoles en cambio oraciones fervorosas, lo que no era de desdeñar; pues, se sabía que las plegarias de este hermano limosnero eran particularmente preciosas, porque, por una gracia especial, era bien atendido por el buen Dios y por San Francisco.

“Sin embargo, ese año las viñas se habían helado en Mayo, la cosecha era mezquina, y los viñadores, de mal humor, no se manifestaban muy dadivosos. Después de haber caminado todo el día, sentía el fraile el peso de su cantimplora medio vacía sobre sus espaldas.

“A la caída de la tarde, llegó fatigado y sangrándole los pies á la cabaña de un pescador, que reflejaba su techo de paja en las verdes aguas del lago; y no pudiendo más, llamó á la puerta para pedir posada por aquella noche. La mujer del pescador vino á abrirle. Era una jóven muy linda y muy agraciada; pero cuando oyó la demanda del hermano limosnero, sacudió tristemente la cabeza.

—Os compadezco con todo mi corazón, mi pobre hermano, le dijo: pero no puedo alojaros, porque mi marido va á venir: él detesta á los frailes, y es muy brutal.

“No obstante, renovando el monje sus súplicas, acabó ella por compadecerse, y le dejó entrar. Le sirvió de prisa una cena de papilla de castañas, y le hizo subir al granero, donde se acostó en el heno.

“Muy tarde en la noche llegó el pescador. Venía muy gruñon, pues nada había comido, y se moría de hambre. Halló mala su sopa; arrojó su escudilla á la cabeza de su mujer, y aunque ella no replicó, se puso á golpearla villanamente. Desde el fondo del henil, donde se había ocultado, oía toda esta escena el capuchino, y la injusticia de semejante tratamiento le indignó, arrancándole una exclamacion. El pescador tenía el oído fino.

—Ah, desvergonzada, le dijo: ¿hay alguien allá arriba? Es sin duda alguno de tus galanes, que has ocultado en el heno!

—No, respondió la jóven; es un monje que me ha pedido un lugar para pasar la noche.

—Un fraile! Aguarda! voy á arreglarle su cuenta.

“Y se precipitó á la escala del henil, blandiendo un rebenque. El pobre hermano, apenas tuvo tiempo de saltar por el monton de las gavillas, dichosamente poco elevado, y de irse á ocultar en los juncales de la orilla. Halló allí la barca del pescador; la desató suavemente, y, remando con vigor, ganó la orilla opuesta del lago.

“Cerca del declive donde abordó, en una pequeña ensenada, se elevaba la casa señorial de la Maladière, cuyas ventanas estaban todavía iluminadas. El fraile, más fatigado que nunca, decidió pedir allí hospitalidad.

“Esta mansion era propiedad de una jóven dama, muy rica, pero de un humor tan áspero é indigesto, que su esposo se había visto obligado á dejarla, y sus domésticos no la servían sino temblando. Ella acogió la súplica del capuchino con pesadas burlas, de un gusto equívoco: pretendía que, habiendo hecho los frailes voto de pobreza, no necesitaban otra cosa que pan negro para cenar, y un haz de paja para dormir.

“En consecuencia, ordenó que se sirviese al hermano la cena de los perros, y que se le acomodase en la cuadra. Fué ella misma á insultarlo á la cocina, mientras que él descansaba en un rincón del ático de la chimenea, bur-

Andose del contenido de su cantimplora, y acusándolo de ser un hipócrita, que se embriagaba en secreto con el vino de la limosna. El pobre fraile se encogía sin responder nada, lo que exasperó todavía más á aquella criatura soberbia. Le dirigió mil invectivas, y finalmente lo hizo echar fuera.

“Cuando el infortunado capuchino se vió en el camino, en una noche tan fría, no pudo ménos que hacer un paralelo entre esta castellana, tan dura con las pobres gentes, y la mujer del pescador, tan agraciada y tan caritativa. Le parecieron mal arregladas las condiciones humanas, y sintió en su corazón un poco de rencor: porque no por ser fraile se siente ménos la injusticia. Entónces se arrodilló; y elevando los ojos al cielo lleno de estrellas centellantes:

—Oh, mi buen Dios! dijo orando; y vos, venerado San Francisco! Haced que la señora de este castillo tome el lugar de la mujer del pescador, y ésta, en cambio, se convierta en castellana de la Maladière!

“Como ya he dicho, el capuchino gozaba de un crédito ilimitado en el cielo, é incontinenti fué escuchado su ruego. Manos invisibles ejecutaron la transmutación de las dos mujeres.

“Por la mañana, la áspera castellana de la Maladière despertó en la cabaña del pescador, quien—como principio de juego—acogió sus irritadas exclamaciones con una formidable paliza.

“A su turno, la mujer del cogedor de truchas se encontró al despertar en un gran lecho de cortinas de seda, en medio de un hermoso cuarto cubierto de colgaduras. Cuando la camarista entró suavemente con el desayuno de su ama, se admiró de ver en el lecho una dulce y linda mujer, en lugar de la soberbia arpía de la víspera; redoblando su asombro cuando la oyó dirigirle la palabra en un tono amable y urbano.

“La nueva castellana se levantó, maravillando á todas las gentes por su buena gracia y su benevolencia. Se gritó milagro! y el ruido de estas metamorfosis se esparció rápidamente en los alrededores; de suerte que el señor del castillo, que había huido de su antigua esposa, se apresuró á regresar al domicilio conyugal para contemplar á la nueva dueña de la casa. Quedó tan contento de la belleza y de la dulzura de la jóven, que resolvió desposarla en seguida.

“Se celebró el matrimonio en la iglesia vecina, y los recién casados volvieron al castillo en calesa descubierta. Cuando pasaban costeando la orilla del lago, una mujer andrajosa, que lavaba sus ropas en las piedras del declive, arrojó una mirada sobre la pareja, dejó su pala, y echó á correr detrás del carruaje, gritando al cochero:

—Pára, Mauricio! Detente, pues, zopenco!

“El castellano se inclinó, y reconoció á su primera mujer. Sintió un calofrío, y gritó á su turno á Mauricio:

—Azota los caballos, muchacho, y al galope!

“La calesa desapareció; la excastellana, sin aliento, volvió lastimosamente á la cabaña del pescador; y como se había retardado para la cena, éste—para colmo—la regaló con una nueva paliza. El capuchino, que estaba en el camino y vió la cosa, se regocijó de tal manera que estuvo á punto de derramar todo el vino de su cantimplora.”

ANDRES THEURIET.

¡PATRIA!

¡Patria! te adoro en mi silencio mudo y temo profanar tu nombre santo; por ti he gozado y padecido tanto cuanto lengua mortal decir no pudo.

No te pido el amparo de tu escudo, sino la dulce sombra de tu manto; quiero en tu seno derramar mi llanto, vivir, morir en ti, pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía son razones de amar. Otro es el lazo que nadie, nunca, desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo; madre eres tú de la familia mía; ¡patria! de tus entrañas soy pedazo.

Miguel Antonio Caro.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

I

Bellos como la aurora de la infancia
Fueron de aquella tarde
Los galanos capullos de las flores
Y los áureos celajes.
El céfiro jugaba en la campiña,
Y las canoras aves,
Meciéndose en las ramas de los fresnos,
Trinaban sus cantares.
La linfa trasparente de los ríos
Al cruzar por el valle,
Salpicaba los lirios y la adelfa
Y el tronco de los sauces.
Todo, lleno de vida y de frescura,
Con otoñal ropaje,
Hacía de sus galas y colores
Encantador alarde.
Pero más que los campos de esmeralda
Y la rosa fragante,
Admiraba tu boca de granado
Y tus ojos de náyade.
Es tu pupila tierna y apacible,
Del lago fiel imágen,
Cuando retrata en su cristal sereno
El plátano y el mangle.
Y si en tus labios seductores vaga
Una sonrisa amante,
Los envidiara el tulipan gallardo
Que entre la selva nace,
De aquellas horas el recuerdo evoco
Y á su caricia suave,
Vuelven mis juveniles ilusiones
En bullicioso enjambre.
Así el boton despliega su corola
Y su perfume esparce,
Cuando al soplar las matinales brisas
El limpio aljófara cae.

II

Ya brilla en el Oriente
La reina de la noche;
Y á su dulce fulgor las frescas brisas
Reciben el aroma y las sonrisas
Del purpurino y delicado broche,
Y las auras suspiran
En la verde espesura,
Y el ruiseñor con melodioso acento
Manda sus trinos al ligero viento,
Cabe la fuente limpia que murmura.
¡Qué encanto indefinible
Reina ya por do quiera!
Ven, niña, ven, que en el pensil risueño
Se aduerme el alma en seductor ensueño,
Trasunto fiel de la ilusión primera.
Te darán sus halagos
El céfiro y las flores,
Y al sentir sus caricias deleitosas
Tu frente ceñirá con blancas rosas
El ángel de tus púdicos amores.

III

¿Has mirado las gotas de rocío
Cuando en el broche de la flor asoman?
Así se ven las cristalinas lágrimas
Que entre el capuz de tus pestañas brotan.

IV

OJOS NEGROS.
Miré de un negro abismo hacia la sima
Y al espacio sin fin en noche oscura,
Y cuando ví tus ojos, vírgen pura,
No supe dónde hubiera más misterio,
Misterio que seduce y enajena,
Si del abismo en el ignoto imperio,
En el fondo enlutado del espacio,
Después que Ocaso rasga los encajes
De sus perfiles rojos,

O en la noche sin luna y sin celajes
De tus divinos ojos.

V

TUS OJOS.

¿A quién robó su luz fascinadora
Tu apacible y espléndida pupila?
No á la naciente aurora
Ni á el astro lejano,
Que en las calladas noches del Estío
Blandamente cintila;
No hay zafir en tus ojos, ni crespones
De sombras misteriosas:
Lo que miro en su foudo, encanto mío,
Es la imágen galana y lisonjera
De cuando enlaza el sol sus rayos de oro
Con el tierno abedul y el sicomoro,
En las tardes de dulce Primavera.

(Continuará.)

LA AMISTAD.

SONETO.

A mi querida amiga Concha.

Es un jardín, sus delicadas flores,
Con su aroma perfuman el ambiente;
Puras aguas de límpida corriente,
Riegan aquellos sitios seductores.
El aire hienden pájaros cantores,
La suave brisa matinal se siente,
Se oye el gemir de tórtola doliente,
Y los trinos de alegres ruiseñores.
Allí, una flor excede en hermosura,
Esa preciosa flor, Concha querida,
Del cielo es hija y amistad se llama.
Nítida, cual la nieve en su blancura,
Consuelo presta, en la penosa vida,
Sobre las llagas bálsamo derrama.

Mayo 14 de 1897.

A. M.

ANOCHECIENDO.

A mi querido amigo y pariente
D. Gonzalo Carrizosa y Santamaría.

El majestuoso rubio Sol declina
Entre nubes de púrpura luciente
Y tiñe con su luz desfalleciente,
De topacio la choza y la colina.
En el zenit la estrella vespertina
Su rostro ostenta, límpido y sonriente;
Va cubriendo á la tierra lentamente
La noche con su lóbrega cortina.
A su cabaña el rústico fornido
Con la yunta encaminase gozoso,
De sus faenas improbas rendido.
De las ranas el canto fastidioso
En la laguna siéntese; á su nido
El vuelo tiende el ruiseñor ansioso.

Enero de 1897.

R. Mogollon Carrizosa,
Colombiano.

LA MADRE.

Pálida está sobre el lecho...
¿Ha muerto la madre acaso?
Traed al niño en ese caso,
Ponedlo sobre su pecho.
Ya está la criatura bella
Sobre el seno que la adora...
¿No la siente? Pues ahora
Muerta está. ¡Rezad por ella!

Juan Aicard.

CANTARES.

Logra el tonto por influjo
lo que al sabio no le dan,
que el premio y las buenas mozas
siempre se destinan mal.

El tiempo y el desengaño
son dos amigos leales,
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.